

Los naturales traían planchitas más anchas del precioso metal. Uno de ellos había prometido á Colon indicarle ya un yacimiento de él; ya un depósito muy grande; pero, en aquella ocasion pudo el Almirante reconocer la propension de aquella raza de hombres á la mentira, ó á lo ménos á una exageracion que es en ellos ménos el efecto del cálculo que de una imaginacion viva, con medios de expresion limitados.

No habiendo aquel hombre cumplido su palabra, mandó Colon hacerse otra vez á la vela, despues de dos días solamente de esperar, y tan poco desanimado por el hecho, que escribía á los reyes: «Muy pronto, *yo lo presumo*, sí, muy pronto, llegaré á los sitios donde *nace* el oro.» Estaba en efecto muy poco distante de Méjico; pero la sangrienta conquista de «aquellos lugares donde nace el oro» estaba reservada á otro.

En desquite, el 28 de octubre, descubría la perla de los mares, la reina de las Antillas, aquella isla de Cuba cuyas maravillas le hicieron olvidar en un instante todo lo que había visto de más encantador hasta entónces.

La superioridad de Cuba no consistía solamente en la riqueza de una vegetacion y sobre todo de una flora sin iguales; en aquella isla maravillosa admiró Colon más que todo las dimensiones más vastas de los mismos objetos que en otras partes habian encantado sus miradas. Los rios, los lagos, los bosques, las montañas, todo tenía allí un carácter de extension, de fuerza, de majestad tranquila, que, sin aplastar al pensamiento, lo amortiguaba en una contemplacion muda y pasiva. Colon confiesa que le costó mucho trabajo salir de aquellos sitios, donde le parecía vivir en un mundo de encantos y prestigios.

Los nombres que dió á los puntos principales de esta isla privilegiada, atestiguan casi todos su admiracion ó su piedad. La mayor parte han sido cambiados, hasta el de *Juana*, que por cierto valía más que el nombre de Cuba. El Puerto Santo se ha convertido en *Baracoa*; del cabo de las Palmeras, del Río de la Luna, del río de los Mares, se han hecho la colina de *Juan Damo*, el puerto de *Baxes*, y el de la *Natividad del Principe*.

Los Indios que había á bordo indicaron, en los alrededores de este como vecino, un lugar llamado *Bohio*, donde abundaban, si se les debía dar crédito, el oro, las perlas, y las especias. Hablaban tambien de hombres de un solo ojo; de una isla *Mantinino*, habitada únicamente por mujeres; de hombres de cabezas de perro, que comían la carne y bebían la sangre de los demas hombres. La primera de estas relaciones debe ponerse con aquellas de que ya hace mencion Herodoto. La segunda fué reconocida como verdadera en parte: existía en aquellas regiones una isla habitada por mujeres, pero solamente durante algunos meses del año. En cuanto á los antropófagos de cabeza de perro, no había sino demasiada verdad en su leyenda. Aquellos monstruos, á los cuales se hubiera querido no encontrar

figura humana, eran aquellos mismos canibales, objeto de terror para los naturales de las Lucayas, y designados por ellos bajo el nombre de *Caniba*.

De *Caniba* ó *Kaniba*, había hecho Colon el pais del Gran Kan, y es preciso confesar que muchos etimologistas no habrían sido tan exigentes para llegar á la misma conclusion. Envió pues á este soberano una embajada que volvió, sin haber encontrado, en lugar de Quinsay y del Gran Kan, más que un pueblo de cincuenta chozas y una poblacion de excelentes salvajes, muy benévolos por lo demas y, que como todos sus semejantes, tomaban á los españoles por dioses bajados del cielo.

Varios de ellos aspiraban por medio de un doble tubo aplicado á la nariz una yerba seca que ellos llamaban *tabago*. Colon no se fijó lo más mínimo en esta particularidad: no podía razonablemente recelar que esta yerba infestaría un día toda la tierra, y sería una inmensa riqueza para los poseedores de la isla de Cuba.

En cuanto á las producciones útiles, eran numerosas y abundantes á pedir de boca. Por todas partes encontraban especerías de varias clases, maderas de tintes, abundancia de algodón, pero muy poco oro, en cuya busca debían concentrarse todos los esfuerzos del Almirante.

Esta consideracion le decidió á dejar la isla de Cuba, y luégo que el tiempo lo permitió, comenzó á seguir sus costas en la direccion del sudeste, con gran terror de los indios. Efectivamente, navegando hacia aquel punto debían muy luégo encontrar, segun su estima, el pais de *Bohio*, ó de *Babeca*, ó de *Haiti*, morada de los belicosos y feroces *Caniba*. Así mismo lo esperaba Colon, por las razones que más arriba hemos visto; pero esta vez tambien debía quedar engañado en una parte de su esperanza.

La isla importante á donde aportó el viérnes 7 de diciembre, y que llamó *Española*,—hoy Santo Domingo y más á menudo Haití,—esta isla, en la que encontró tantos objetos y sitios que le recordaron la España, era exactamente la misteriosa *Bohio* ó *Babeca*, de la que se le había hablado tanto, pero no contenía sino pocos ó ningunos *Caniba* ó *Kaniba*, y ni siquiera de nombre era allí conocido el Gran Kan.



ALONSO PINZON



ALONSO PINZON.